

Los herederos de Gengis Khan

# INNER MONGOLIA

Texto: *DAVID REVELLES* • Fotografías: *PATXI URIZ*



Argazki oina argazki oina argazki oina  
argazki oina argazki oina.



Argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina.

Pueblo orgulloso de su identidad, los mongoles de esta franja de China se resisten a ver cómo su vasto acervo cultural se diluye en la inmensidad del gigante asiático. Afables, indómitos y hospitalarios, siguen viviendo hermanados a una naturaleza tan indolegable como hermosa, a la que respetan con los códigos ancestrales de sus antepasados.

Los primeros rayos de sol veraniego se cuelan sin previo aviso por las rendijas de las *gers*, las tradicionales yurtas de fieltro mongol. Mientras, en el exterior de su cálida redondez, el infinito horizonte esmeralda de la región autónoma de Inner Mongolia o Mongolia Interior centellea como un mundo recién pintado. Ésa es la bienvenida que ofrece este escenario natural que no deja a nadie indiferente. Más bien, la sensación que cautiva la mirada del visitante recién llegado a esta vasta y salvaje planicie siempre reproduce el mismo cosquilleo en la conciencia: una placentera y atrayente pero, al mismo tiempo, extraña sensación de minúscula soledad que se desparrama entre las colinas onduladas e inmensidades cubiertas de hierba.

No es exagerado afirmar, por tanto, que la naturaleza es la principal protagonista de esta región del distrito de Hulunbeier, un océano de 1,18 millones de kilómetros cuadrados de tierra infinita entre las fronteras de la República Popular China con Mongolia y Siberia en la que la huella humana es tan volátil co-

mo escasa. Con más de 2.000 especies vegetales diferentes y cerca de 220 tipos de pájaros, además de otras muchas especies animales, la Mongolia Interior se abre a sus visitantes como un verdadero paraíso natural. Montañas, ríos y, sobre todo, la omnipresente estepa dominan una región escasamente industrializada y que, tal vez siguiendo las antiguas supersticiones chamánicas, sigue teniendo un temor atávico a cultivar el suelo.

Pueblo nómada por excelencia, su economía principal se ha dedicado a la ganadería. Son pastores de grandes rebaños de ovejas, yaks y camellos que pastan libres por la inmensa extensión de sus estepas. Aun así, en los últimos tiempos las riquezas minerales que se esconden en las entrañas de esta tierra infinita están favoreciendo el desarrollo de la industria metalúrgica y minera.

Sin embargo, la belleza natural de esta región no es el único incentivo para recalar en estas soledades, una tierra de frontera en la que laten sugerentes contrastes raciales y culturales: casi medio centenar de grupos étnicos y ocho idiomas diferentes conforman las distintas piezas de este puzzle geopolítico situa-



Argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina.



# La vigencia de Gengis Khan

Hace 700 años un hombre conquistó casi toda la tierra. Fue señor de la mitad del mundo conocido e infundió a la humanidad un miedo que duró varias generaciones. Distinto nombres le fueron asignados en su vida –Poderoso asesino, Azote de Dios, Señor de los Tronos y coronas, Perfecto guerrero...–, pero el más conocido es Gengis Kan (1206-1227), el gran caudillo y conquistador que situó de manera definitiva a Mongolia en el mapa de la Historia.

Con su ejército de jinetes organizado de manera matemática en unidades decimales, de diez, cien, y hasta mil hombres, supo enfrentarse a muy distintos pueblos y culturas tanto nómadas como sedentarias. El dominio de los jinetes mongoles a lomos de sus pequeños pero resistentes caballos culminó en el Viejo Mundo, donde arrasaron todo a su paso hasta llegar al río Danubio. Fue una expansión veloz pero efímera. Así lo dijo uno de los consejeros de Gengis Khan: «Hemos conquistado un imperio a caballo, pero es imposible gobernarlo a lomos de caballo».

Durante los veinte años que duró su liderazgo, no sólo supo unificar a los distintos clanes y tribus mongoles, sino también extender su dominio por Asia y Europa, forjando uno de los mayores imperios del mundo. Y, por si fuera poco, extender su halo mítico hasta nuestro tiempo. Y, si no, que se lo pregunten a los genetistas del Reino Unido, Italia, China y Uzbekistán que, al ordenar sus conclusiones en marzo del 2003 tras analizar el cromosoma Y –el gen de la masculinidad– de 2.000 hombres de Asia Central quedaron «totalmente asombrados», como reconoce el británico Chris Tyler-Smith, el director de la investigación. ¿El motivo? Un enorme grupo no mostraba ninguna diferencia, lo que, en conclusión, suponía que más de 16 millones de varones de esa vasta región del mundo (el 8% de la población masculina) compartían el mismo cro-



mosoma Y. «Entonces empezamos a analizar los resultados más de cerca y nos dimos cuenta de que la única explicación posible era que el poseedor original tuviera una gran ventaja social sobre los otros poseedores del cromosoma Y, lo que facilitaba que pasara una y otra vez», explica el propio Tyler-Smith, para quien «Gengis Kan encaja perfectamente en el perfil, tanto por el gran número de esposas que poseía como por ser un entusiasta en dar atenciones a otras mujeres».

Ciertamente, aunque su primera y más querida esposa fue Burtai Fidién, la emperatriz madre de tres de sus hijos, Gengis Kan tomó en el transcurso de su vida centenares de princesas de Catay y de Liao, hijas de la familia real turca y las mujeres más bellas de los clanes del desierto como esposas, un harén que sirvió

para que su herencia genética llegara hasta nuestros días.

Pero no sólo la prolífica descendencia de Gengis Kan es lo que en pleno siglo XXI mantiene vivo su nombre. Otra gran cuestión relacionada con el líder es la ubicación de su mausoleo. Esa es, de hecho, una pregunta que desde hace casi ocho siglos ha martilleado la mente de aventureros, ladrones de tumbas y, últimamente, de científicos y de arqueólogos.

La ausencia de coordenadas concretas y fiables de su ubicación es el principal escollo a la hora de localizar la tumba, que, por si fuera poco, también cuenta con un importante halo de misterio: según la leyenda, sobre la situación de la tumba pesa la declaración de *ij joring* (gran tabú), un velo que para muchos mongoles actuales es la razón por la que aún no se ha dado con ella. En los últimos años, expediciones de varias nacionalidades han redoblado sus esfuerzos

por dar con el emplazamiento de su tumba, pero, por ahora, el fracaso ha sido la tónica general.

Una de las expediciones que más expectación generó fue la que a finales del 2000 emprendió un equipo de arqueólogos chinos que aseguraba que el lugar donde está enterrado el gran guerrero mongol se halla en la región de Xinjiang, en el noroeste de China. Durante años, los arqueólogos habían especulado sobre la posibilidad de que el sepulcro de Gengis Kan estuviera en el Monte Altay y que la tumba estuviera flanqueada por dos lagos conectados a través de un canal artificial. En cualquier caso, y a tenor de lo infructuoso de las misiones recientes, la búsqueda de la tumba de Gengis Kan, conocido ya como uno de los grandes enigmas a desvelar del siglo XXI, tendrá que esperar. •



Argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina.



Argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina.



do al noroeste de China. Y es que en la Mongolia Interior –el nombre que dan los chinos a este territorio para distinguirla de la Mongolia Exterior o República de Mongolia y que los propios mongoles denominan Mongolia del Sur– es un crisol de civilizaciones en el que la cultura mongol late en cada brizna de hierba. Lógico, si se tiene en cuenta que fue en estas latitudes desde donde Gengis Kan, el gran ídolo nacional mongol, en el transcurso de una sola generación, salió a caballo junto a sus hordas de jinetes para forjar el imperio terrestre más grande que se haya visto nunca en la historia.

## Retablo cultural

Un ensamblaje que no siempre ha sido todo lo fluido que unos y otros han deseado y que, en muchos momentos de la historia, aún hoy, ha chirriado con intensidad. Como apunta el periodista y escritor Stanley Stewart en su fantástico libro «En el imperio de Gengis Kan», «China y Mongolia nunca se han llevado bien; el símbolo que resume esas relaciones es la Gran Muralla, el intento chino de mantener a raya a los pendencieros mongoles». Un infructuoso intento chino por frenar el azote procedente de las llanuras, el viento de las estepas que Kublai Khan, el nieto del mítico Gengis Kan, se encargó de diluir de un plumazo: gobernó China reconvirtiéndose en emperador chino, de tal manera que, cuando Marco Polo llegó a China, el aventurero se encontró a Kublai instalado en un palacio de Pekín, el precursor de la Ciudad Prohibida. «Los mongoles tradicionalistas nunca le perdonaron el abandono del nomadismo mongol –recuerda Stewart–, pero la dinastía que fundó, los Yuan, gobernaron China durante casi un siglo».

Hasta que llegó el momento en que la moneda tumbó la faz para que China dominara Mongolia. Los chinos entraron por primera vez en Mongolia en el siglo XVII. Los mosquetes y cañones comprados a los europeos resultaron decisivos para hacer claudicar a los revoltosos vecinos de las llanuras: Mongolia se convirtió en un país tributario de la China manchú antes de pasar a formar parte, de forma gradual, del Imperio Chino. No sería hasta 1911, cuando



Argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina.



Argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina.



las presiones republicanas que empezaron a hacer surgir en el seno de la China, favorecieron que los mongoles obtuvieran la independencia. «Para los chinos, los mongoles son vecinos del diablo: bárbaros, ruidosos y caóticos; para los mongoles, los chinos son cínicos, falsos y horrorosamente numerosos», apostilla Stewart.

Hoy por hoy, el rasgo más llamativo de este retablo de encuentros fraguados

a lo largo de los siglos en Inner Mongolia es, a pesar de la pertenencia de la región al territorio chino, la pervivencia y aceptación por parte de su población de los ritmos ancestrales de la cultura mongol, la segunda etnia más extensa de la provincia tras los Han (80% de la población), los Manchúes o los Hui. Sin embargo, a pesar de la mayoritaria presencia de los Han y del peso de la cultura china, los mongoles siguen siendo la et-

nia más características de esta región. De hecho, gran parte de su población continúa siendo nómada –“el pueblo móvil” lo llaman los chinos–, un pueblo que mantiene los usos milenarios de sus antepasados y que trunca así la tendencia de las últimas décadas a un creciente asentamiento en las principales ciudades de la región.

El peso de la cultura china y la proximidad de Rusia ha dotado a la civiliza-

ción mongol de muy diversas influencias –creciente uso del alfabeto cirílico, preponderancia del comunismo, aceptación del budismo...–, pero la mayoría de ellos continúa fiel a las tradiciones del pueblo que lideró el mítico Gengis Kan. Vagabundos de las llanuras, para ellos echar raíces en las ciudades aún supone una especie de traición a la que se resisten con vehemencia. Prefieren vivir en sus cómodas gers, tiendas de fácil

construcción basadas en una estructura de madera de sauce y una envoltura de tela en cuyo interior se aíslan de los vientos fríos del norte. Además, la amabilidad y hospitalidad de este pueblo nómada es una norma sagrada y pautada en base a códigos centenarios: los invitados se sitúan a la izquierda y los propietarios ocupan el semicírculo derecho, mientras, en el centro de la gers, una estufa alimentada con excrementos secos

de caballo se convierte en el epicentro del calor, las risas y las historias cotidianas de estas gentes.

### La fiesta del Naadam

Entre los elementos más característicos que siguen conformando la cultura mongol de Inner Mongolia se distingue de manera especial la celebración de los Naadam, los juegos tradicionales mongoles que se celebran periódicamente



Argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina argazki oina.



durante el verano por todos los pueblos de la región. Los orígenes de esta fiesta se remontan a los quriltai, las grandes reuniones de los clanes que constituían el acontecimiento social del estío mongol durante la Edad Media.

Era un evento durante el cual las tribus de los rincones más alejados del país se reunían para arreglar asuntos de liderazgo y de pastos, de guerra y de paz, encuentros que nadie quería perderse, costara lo que costara. Sin ir más lejos, en 1242, los mongoles desaparecieron repentinamente de los alrededores de Viena sin saberse muy bien por qué. ¿La razón? Europa se salvó gracias a uno de los mayores quriltai de la época, el que convocaba a todos los mongoles a rendir homenaje al cuerpo sin vida de Ogoday, el sucesor de Gengis Kan, y para conocer a su nuevo líder.

En pleno siglo XXI, los naadam carecen de la carga política que tenían antaño, pero en ellos sigue latiendo la pasión de los mongoles por medir sus fuerzas, sea del modo que sea: con el arco, en carreras de caballos, en la pugna de los gladiadores de lucha libre, en la resistencia en la bebida.... Por cierto, que la supremacía mongol en esta última disciplina es proverbial, una de las grandes lecciones que todo visitante debe asumir cuando visita Inner Mongolia: sea cual sea la naturaleza del alcohol –el omnipresente vodka mongol Gengis Kan, el arkhi, un aguardiente casero fruto del destilado de la leche, o el airag, la alcohólica leche de yegua fermentada en pellejos de cabra–, nunca se debe retar a un mongol a ver quién es el último en beberse la postrera gota de alcohol, porque el reto siempre acaba inclinándose del lado de casa.

Animados y trufados de actividad, los Naadam en Inner Mongolia tienen como uno de sus grandes atractivos la lucha libre, competiciones en las que los púgiles se zancadillean y miden sus fuerzas en abrazos de oso mientras la concurrencia vocifera y los anima. Es un espectáculo digno de contemplar para el visitante ocasional, aunque el evento que acapara realmente todas las miradas y el protagonismo en los naadam siguen siendo las carreras de caballos.

Animal totémico por excelencia de este pueblo, los mongoles están unidos a

los equinos por una suerte de cordón umbilical mágico, como si de dos almas gemelas se trataran. No es extraño: ambos, los przewalskis salvajes, bajitos y robustos, y los herederos de Gengis Kan, tienen en común una fortaleza y una resistencia extrema, además de un carácter indómito que les permite sobrevivir a uno de los entornos más extremos del planeta –en invierno el termómetro cae en picado hasta los 40° bajo cero– desde hace miles de años.

Para ahondar en esta relación filial y tremendamente productiva, sólo hay que recordar las yams o sistema de postas ideado por Gengis Kan para mantener comunicado a su vasto imperio, cuyos jinetes acostumbraban a recorrer hasta 300 kilómetros sin descanso al día a lomos de sus monturas. Por eso, a nadie extraña –bueno sí, a los ojos occidentales que por primera vez contemplan este majestuoso espectáculo de equitación– que las distancias de las carreras de caballos de los naadam sean maratonianas –rondan los 30 kilómetros– y que los jockies sean niños y niñas que no superan los ocho años de edad. Pero es que en Mongolia los niños aprenden a montar a caballo antes de andar.

Una increíble relación simbiótica, sin duda, que justifica la fascinación que los mongoles ejercieron en el imaginario popular de Asia y Europa durante generaciones. Por eso no es extraño que, a miles de kilómetros de Inner Mongolia, concretamente en la catedral de Hereford (Herefordshire, Reino Unido) exista un mapamundi excepcional de finales del siglo XIII. Más que un retablo cartográfico fidedigno, es una recopilación de relatos de maravillas bíblicas y de autores clásicos en cuya esquina superior izquierda, en la parte más lejana del mundo conocido, el pergamino se vuelve oscuro, con figuras borrosas. Justo ahí, un dibujo representa a unos hombres con cascos de caballo. Es la tierra de los hipopodos, hombres huraños de las estepas que, debido a sus proezas equinas y a sus conquistas a sangre y fuego, acabaron por forjar una estampa de centauros temerarios. Una estela entre mito y realidad que, siglos más tarde, aún late emotivamente viva en nuestros días en el galope de los jinetes de Inner Mongolia despunteando la infinita estepa. ■